

Convivió con todos los que abandonaron sus oficios para vivir del vicio sin temerle al "Huerto del Francés", que había en los soportales de la Plaza ni a las demás chirлатas del Paseo, pero su atención volvía enseguida a la empresa, al trabajo. De haber estado en otro medio, su espíritu emprendedor y fantástico hubiera dado abundante fruto.

Como criado a la interperie se le pegó todo lo que había en el ambiente, incluso la fiebre espiritista de que hablaba "El Despertar".

Se casó tres veces, la primera con una Jaranda que murió muy joven. Le dió por la brujería en que la metió la tía Caguina y embrujada murió, tan poseída de los espíritus que, cuando estaba en las últimas, le decía a la abuela Eugenia que no se le acercara porque la iba a embrujar y a ponerla como estaba ella.

Poco después se le apareció a Juanillo muchas veces su padre muerto y él se ponía negro de tan congestionado cada vez que lo veía, abatiéndosele mucho el

ánimo. Sus hermanos le animaron para que le preguntara lo que quería y a su petición fueron a llevarle una vela al Cristo de la Agonía de Ocaña. Lo acompañaron Jesús y la Petrilla y se sabe que allí tembló Juanillo como un azogado, sin atreverse a hablar, morado y muy aliado. Una vez puesta la vela aquello se acabó y Juanillo se casó de segundas con una tal Braulia de la que tampoco tuvo descendencia ni larga compañía, pues a pesar de las andanzas inevitables en un hombre tan placero y tan placeado, celebró la tercera boda con la Francisca Corrales, la quereña que estaba en casa de Sánchez Tembleque y que le fue de tanto provecho en la última parte de su vida.

Nuevas notas musicales

Algunos sucesos del libro anterior han dado mucho ruido, como era de esperar y han dado lugar a que se conozcan otros similares. Uno de ellos se refiere a un matrimonio de pastores en que la mujer llevaba la batuta y él parecía un perrillo de aguas a su lado. Cuando a ella le parecía bien, en reuniones familiares o de vecindad, lo miraba y le decía:

— Anda, Juan José, tota un poco la zambomba.

El hombre la miraba recelando, miraba a los demás y miraba alrededor de la silla en que estaba sentado. Se limpiaba el hocico con el revés de la mano y poniendo cara de mico enredita, empezaba a soltar cuescos imitando la zambomba a la perfección:

— Pun, pun, pun, purrun pun pun.

La mujer lo miraba embelesada y decía:

— ¡Qué gracioso! ¡Y parece tonto el "sinoco" estel!

Tenemos especial interés en hacer notar al inolvidable amigo y brillante escritor Valentín Ballesteros, que todo no son disonancias detonantes en el arte flautista, pues los hay, como el citado ahora, que parece que han seguido cursos de armonía y composición, cosa que aparte de la producción gaseógena de que se trata luego, supone mucha práctica y no escaso arte en la regulación de la salida, en la sonoridad justa y en el ritmo acompasado que también dice en la música de aire.